

cido, como hijos que son todos de un restringido espacio geográfico, e incluso en cocina, punto éste muy importante, no son las diferencias tan exclusivas como para justificar una definitiva elección. Pero pasa, y ya lo hemos dicho que cada uno de estos lugares tiene sus enamorados. Y es fácil verificar cómo al cabo de unos años todos se acaban por conocer y por coincidir en gustos, juicios y apreciaciones.

Entonces, ¿cuál es el encanto de Tossa? ¿De qué razones se prevalecen cuántos vienen por aquí en busca de diversión o reposo? Para mí, sin duda, es el tiempo, y no me refiero al del

clima. Se trata de una sensación menos definida, pero más existente. Hablo del tiempo que se palpa, de ese ente metafísico igual al espacio por lo que se empeñan en demostrar, como si no fuera cierto que en Avila también se nos ofrece la misma sensación de parada absoluta. Es la comunión con los otros, con los que nos han precedido, con los que ya no están. Porque a la sombra de estas torres y de estos lienzos de defensa, sí gustamos la que en otros sitios es sólo historia hablada, más o menos eficaz, sobre viejas expediciones, naos de cascos extraños, arboladuras complicadas y galeras a remo. Aquí no resultan entele-

quias los viejos reyes barbudos ni las expediciones a la diablo en que por todo alimento se llevaba aquel tasajo de cerdo y aquella galleta que hoy no podríamos comer. Las calles de Tossa no son evocadoras porque sí. Hay otras razones todavía existentes. La torre del Codolar aún tiembla del paso de sus vigías, de aquellos centinelas que tocaban al arma o alarma, como luego se dijo, y alumbrada por las chispas que brotaban las herraduras de los caballos, cuando los escuadrones reales salían de las murallas a campo abierto en busca del enemigo que intentaba desembarcar. Y todo esto no son figuraciones, ni siquiera evocación. Es, y nada más. De aquí que las calles pinas y blanqueadas de Tossa sean algo mejor que un lugar de veraneo. Pese a todo, la poesía sigue existiendo y aún cuando pocos se detengan a reflexionar, quizá sea hoy más necesaria que nunca. ¿De dónde, si no, salen esos muchachos barbudos, guitarra en ristre? ¿Qué fuerza les obliga a canturrear agrupados a veces en corrillos o a veces solos, indiferentes a la curiosidad de quienes miran? Este es un pueblo en el que uno debe perderse, porque sí, lo mismo que en el barrio gótico de Barcelona. A nadie puede extrañarle topar con un transeunte que a las seis de la mañana se recuesta en una esquina para contemplar unas piedras, unos escalones o un portal. No se requiere para ello ni siquiera estar borracho, como no sea de ansias de evocación, de evadirse, de marcharse a otros tiempos vivos aquí y ya muertos en otros lugares, por obra de las piquetas demolidoras. Salve Dios a Tossa y a sus murallas. A ese pretexto vivo para soñar.

*F. GARRIDO PALLARDO*

